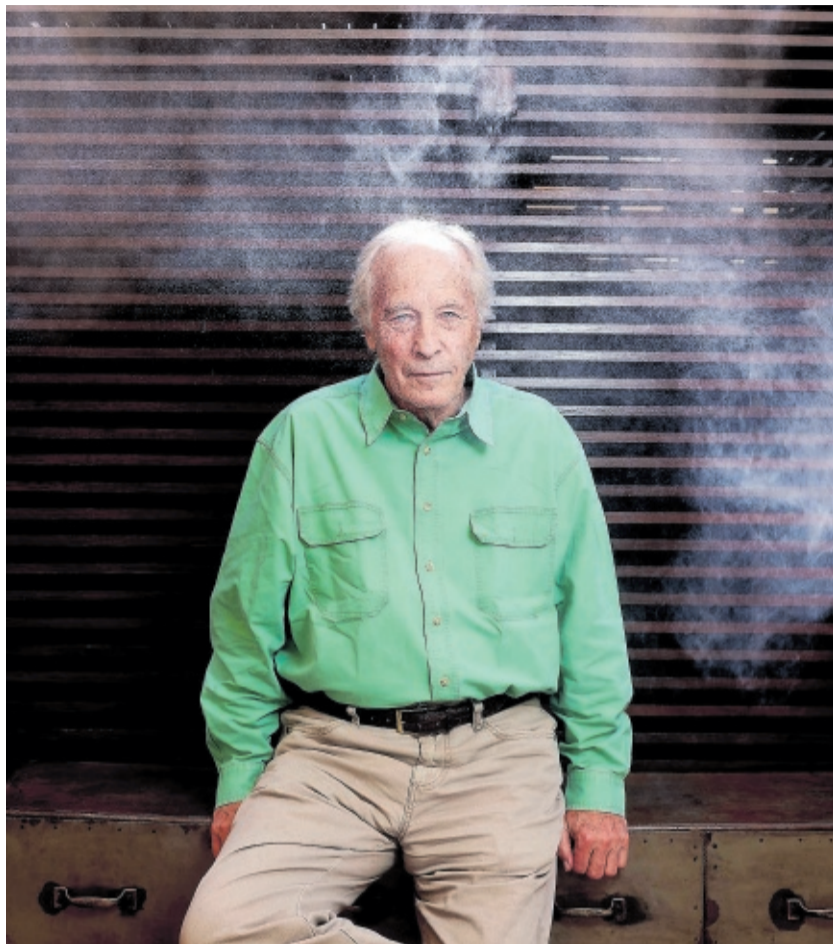


## LIBROS CRÍTICAS



Richard Ford, la semana pasada en Madrid. JAIME VILLANUEVA

Por Laura Fernández

**H**a vuelto Frank Bascombe, el periodista deportivo, el agente inmobiliario, el prometedor escritor que jamás pasó de prometedor. Ha vuelto y está solo: su exesposa, Ann, ha muerto. Su segundo matrimonio, la ilusoriamente perfecta y cómoda pareja que formaba con Sally Caldwell, es historia, y todas las llamadas que Frank hace en busca de algo que pueda parecerse al amor —o a la vida en algún tipo de compañía— se quedan sin respuesta.

**“Ford logra una nueva cima al abordar el encaje de un ser falible en una sociedad que avanza como una trituradora fantasma**

¿Que a quién llama? A la chica que regenta un centro de masajes por el que se deja caer de vez en cuando, desesperado por algún tipo de contacto humano. Y a Catherine Flaherty, una vieja amiga con quien coqueteó en su época de periodista deportivo —ella también lo era—, que no tiene ganas de compartirse con nadie, ni siquiera con quien está saliendo.

Tan luminosamente perdido como siempre, Bascombe tiene, en esta quinta y puede que última entrega de la serie, la misión de pasar un último día memorable con su hijo Paul —el Paul que casi pierde un ojo en el volumen que le valió el Pulitzer, el segundo, *El Día de la Independencia*, ese hijo tan siempre obtuso y distinto, tan incomprensible para su padre y para el mundo— en, por qué no, piensa, el Monte Rushmore, ese lugar en el que las caras de cuatro presidentes fueron esculpidas en la montaña. Paul padece ELA, y el viaje

NARRATIVA

## Frank Bascombe se despide con un portentoso monumento a la felicidad

hasta la helada Dakota es una pequeña odisea. Una odisea por primera vez casi por completo centrada en el presente. Olvidemos al Bascombe máquina del tiempo, capaz de viajar, desde un atasco, a cualquier momento de su vida y reeditararlo, recordándolo.

Un atasco, sí. Porque, y esto es importante, Richard Ford, aquí tan portentoso como siempre —su capacidad para hacer palpar la vida, cada instante, en el papel, resulta tan apabullante que ni siquiera parece posible; y no sólo la vida, sino aquello que hacemos con ella, encajarla en una narrativa propia—, elige siempre días señalados, festivos importantes, para traer de vuelta a Frank Bascombe. De él ha dicho que es una especie de herramienta. Algo que le obliga a prestar atención al presente. Y ese presente es también, y sobre todo, el presente de su país, que en esos días señalados, se detiene —como se detiene su propia historia en marcha, y la de cualquiera, en un día excepcional— para que él pueda fotografiarlo, política, social, anímicamente.

El día elegido aquí es San Valentín, y Estados Unidos se muestra por completo sobrepasado, cada vez menos confiado y, a la vez, a la expectativa. Lo peor no ha pasado. Lo peor podría estar pasando. A la decadencia del capitalismo desorientado que nuestro amigo observa por la ventanilla de la autocaravana debe sumársele un miedo nuevo: Bascombe teme los lugares públicos pues no puede evitar imaginar a tiradores apostados en las esquinas. Y esto es importante, pero lo es aún más el hecho de que aquello de lo que trata Bascombe, el encaje de un ser humano falible que no hace otra cosa que fallar, que caer y levantarse, en una sociedad a la que le trae sin cuidado, que avanza como una trituradora fantasma, alcanza en este último volumen una nueva (y altísima) cima.

Podría, este *Sé mía*, ser algún tipo de doloroso positivo del majestuoso *El Día de la Independencia*, libro en el que, recordemos, Bascombe se embarca en un idéntico



viaje con su hijo, entonces un adolescente, en principio no condenado al fracaso pero que resulta desastroso. El desastre aquí es la muerte inminente —de Paul— y una vejez —la de Frank— que le vuelve inútil para lo práctico —sujetar a ese mismo hijo de 47 años cuando los músculos le fa-

llan—, pero extremadamente sabio para todo lo demás. Porque el milagro, nos dice Ford, una y otra vez, es la mera existencia: el instante, y la felicidad que ese instante promete siempre que consigas olvidar que nada de lo que te pasa depende, en realidad, de ti. Algún día, cuando Ford no esté, lo echaremos de menos. Muchísimo.

**Richard Ford vuelve a usar a su emblemático protagonista para retratar Estados Unidos política, social y anímicamente, en un último y emotivo viaje con su hijo enfermo de ELA**

**Sé mía**

Richard Ford

Traducción de Damià Alou

Anagrama, 2024

400 páginas. 21,90 euros

ENSAYO

## El mar esquilado

Por Isabel Soler

**Q**ue el mar puede hacer perder la chaveta es algo completamente lógico. Muchas la hemos perdido a fuerza de mirarlo fijamente e imaginar lo que allí pasó y pasa de forma invisible, tanto en la superficie navegable como en la profundidad insondable. Este libro es el resultado de una chaladura semejante, pero solo se descubre en el último capítulo (en realidad, penúltimo), cuando Patrik Svensson cuenta la biografía de una de las grandes pioneras de la divulgación científica (y fantástica y literaria a la vez), Rachel Carson. Empezó a publicar en los años cuarenta, cuando su primer trabajo sobre el mar prefirió firmarlo con iniciales para que nadie pensase que una mujer era su autora, y hasta el *best seller* internacional ya en los años sesenta, *Primavera silenciosa*, en el que denunciaba la destrucción de la naturaleza que causaban los pesticidas industriales.



Lo que ofrece el autor hasta llegar ahí es una suerte de calas biográfico-divulgativas en las vidas de un puñado de exploradores y descubridores históricos tratados como personajes de novela, y a menudo novelizados demasiado

a fondo y con una permisividad temeraria (sobre todo en el caso de Vasco de Gama y de Magallanes). Pero el encanto de este libro periodístico de amena divulgación está en las historias que cuenta sobre los sistemas de navegación y exploración del mar, el fondo marino y la evolución tecnológica de los métodos para sondearlo, sobre la caza de las ballenas y otros descubrimientos que empuja la pura curiosidad humana, como el caso del panadero escocés de principios del siglo XIX que primero entendió que la tierra que pisaba había sido antes territorio del mar y después dio con el fósil que probaba por primera vez la existencia de un pez que se reproducía sexualmente por penetración (como quien dice, el descubridor del primer pene).

El aura melancólica que desprende el libro pese a la vivacidad de los relatos nace de una hipótesis de fondo: lo que empezó como pura curiosidad por explorar lo desconocido —el mar— ha acabado conduciendo a un mar esquilado. El diagnóstico no es lúgubre, pero todos los capítulos apelan de un modo u otro a la ética de un ecologismo consciente de la destrucción en marcha. Entre lo que vio uno de los primeros seres humanos que descendió más allá de los 10 kilómetros en la profundidad del mar estaba... una bolsa de plástico. La extinción de algunas de las especies marinas respuntea varios capítulos, incluidos los que se nutren de Herman Melville y *Moby Dick* para asegurar que desde que los vascos empezaron la caza de las ballenas en el siglo VII hasta la actualidad la devastación ha sido gigantesca. Pero ¿de verdad solo quedan 200 ballenas en todo el planeta? Sí, puede ser muy verdad, pero, quizá, este otro dato da mejor el aire de esta rendida oda al mar: según un proyecto de investigación británico de 2010, “a partir de los datos obtenidos, los investigadores estimaron que a las 250.000 especies marinas conocidas y descritas científicamente los acompañaban unas 750.000 especies no descubiertas aún”. Las fronteras del mar siguen siendo inagotables.

**Un inmenso azul**

Patrik Svensson

Traducción de Carolina Moreno Tena

Libros del Asteroide, 2024

272 páginas. 19,95 euros